

En busca de oportunidad

¿CUANDO?

Según Juan Jacobo Rousseau, el hombre nace dos veces: una a la vida y otra al sexo. Es decir, que el hombre comienza a ser verdaderamente un ser sexual, en el momento en que esa sexualidad se despierta y es percibida por la conciencia: en la etapa de la pubertad.

La teoría de Rousseau, por muy extraño que parezca, sigue teniendo sus partidarios, y la prueba la constituyen todos aquellos educadores que sólo se han creído en la obligación de preocuparse por la orientación sexual del niño cuando las primeras espinillas o la primera floración del acné juvenil, anuncian que la niñez ha quedado atrás y que algunos cambios importantes han empezado a ocurrir en el niño.

Gran parte del escándalo producido por las teorías de Sigmund Freud tiene sus raíces, precisamente, en una manera diametralmente opuesta de concebir las cosas. Para Freud, el hombre es sexual desde su nacimiento, o quizás desde las entrañas maternas, ya que los misterios de la vida intrauterina ha sido un capítulo apasionante de las investigaciones freudianas.

A Freud se le ha negado todo o se le ha admitido todo. Ninguna de las dos posturas es razonable. Freud ha sido superado en algunas de sus teorías pero es obligado punto de partida para construir otras nuevas.

Hoy en día —escribe Georges Mauco— la mayoría de los educadores cultos admiten la importancia de la sexualidad en la vida psíquica del niño. Pero hay muchos padres que ignoran la función que la sexualidad desempeña en la evolución psicológica del niño, y especialmente en el terreno de la sensibilidad.

Para comprender los recientes descubrimientos de la psicología en este terreno, conviene primero precisar lo que debe entenderse por sexualidad cuando se habla del niño. Es evidente que no se trata de la sexualidad en el sentido usual de la palabra, es decir, de sexualidad adulta, sino de sexualidad infantil, necesariamente distinta de aquélla, en sus medios y en sus manifestaciones.

¿Cómo se manifiesta, pues, la sensualidad en el niño? Ya desde los primeros años, toda la sensibilidad del niño tiende a la búsqueda de los contactos sexuales. Esta particularidad de la sensibilidad evoluciona y se va preci-

sando con rigurosa continuidad en el transcurso del desarrollo del niño, para llegar, con la pubertad, a la vida sexual propiamente dicha.

En otras palabras, las primeras manifestaciones de la sensibilidad en el terreno sexual, se remontan a la primera infancia, y se muestran bajo la forma de una sensibilidad difusa y aún imprecisa. Esa sensualidad infantil acompaña la mayoría de las actividades vitales, y especialmente las funciones digestivas, doblándolas con una sensación de placer. Por lo demás, toda la sensibilidad del niño está fijada en el propio organismo, a través del cual percibe —experimenta— el mundo exterior.

La sensibilidad sensual se fija en mayor o menor grado sobre ciertas actividades y especialmente en las partes del cuerpo más activas, según la edad que tenga el niño. Por consiguiente, en el bebé son las funciones primordiales de la nutrición, de la boca y los movimientos de deglución los que están cargados de sensualidad. Así pues, la función de la nutrición, ya valorizada afectivamente por los vínculos con la madre, lo será además por una sensualidad de carácter erótico. Más adelante, el ano, la uretra y finalmente el sexo, se convertirán en zonas erógenas, particularmente sensibles.

Lo que confiere a estas primeras conmociones sensuales del niño su excepcional importancia, es que no solamente han de orientar el comportamiento sexual del adulto, sino que también pueden condicionar el desarrollo de toda la sensibilidad.

Probablemente ... la precocidad de la edad erótica de una parte de la sensibilidad infantil y su influencia sobre el psiquismo infantil, va a sorprender y escandalizar a muchos lectores. Negarla y desconocerla sería renunciar a toda comprensión de la psicología del niño.

En realidad, todo se produce como si la fuente más poderosa de la sensibilidad humana fuese la energía sexual, y este hecho es patente a partir de la infancia, aunque de manera todavía difusa.

La educación sexual exige, por tanto, una gran comprensión por parte de los padres y educadores; comprensión que supone el conocimiento de la existencia de una sensibilidad erótica en el niño.



Padres y educadores deben saber que las manifestaciones de la sensualidad no surgen ex abrupto en la pubertad o en la edad adulta, sino que están preparadas desde la infancia, durante la cual se mezclan ya estrechamente con la sensibilidad.

También deben conocer los educadores la evolución de esa energía sexual, imprecisa en un principio, vinculada después a las funciones orgánicas, y movilizadas finalmente con fines genitales a partir de la pubertad.

En el próximo número de PM trataremos más detalladamente el tema. Nos parece que las palabras del doctor G. Mauco, sin dar una respuesta explícita a la pregunta "¿CUÁNDO?", la colocan en una perspectiva muy importante: el conocimiento del funcionamiento sexual del niño es el que debe inspirar al educador el momento oportuno de su intervención. Y no comprender, a la luz del texto anterior, que el educador ha de estar presente, activo, sensible, desde la más temprana infancia del niño, es no comprender nada.

Por lo tanto, importa, en primer lugar, que el educador esté al tanto de las grandes etapas de la evolución afectiva del niño y que, por consiguiente, no olvide:

— ... las características de la sensibilidad en la primera infancia.

— ... las consecuencias psicológicas que las privaciones y los choques afectivos de esta primera etapa (problemas del destete, ausencia de la madre..., etc.) pueden producir en el proceso de maduración sexual del niño.

— ... la importancia de la conquista del dominio muscular y de la limpieza.

— ... los problemas afectivos derivados de la rivalidad entre hermanos.

— ... la significación del complejo de Edipo y sus formas de superación (cfr. Educación Sexual. N. II. P.M.).

— ... los problemas específicos de la edad escolar y el período de latencia (cfr. id.).

— ... problemas específicos de la pubertad.

Toda esta escala debe ser estudiada en su conjunto y ha de proseguirse peldaño a peldaño. Detenerse en un punto, abandonar la tarea educativa en una determinada etapa, es renunciar y entregarse deliberadamente al fracaso.

"¿CUÁNDO...?"
¡Ahoral